

Migración e identidad cultural

PATRICIA CASASA GARCÍA

I am the minority everywhere,
I am among the few in all societies
I belong to a tribe of nomads
that roams the world without a place to call home,
there is no place that is all mine
There is no place that I can call mi casa.

MIGUEL ALGARÍN¹

RESUMEN

Este artículo explica cómo las migraciones modernas de América Latina hacia Estados Unidos producen cambios notables en el panorama político y en la composición étnica de aquel país. Los inmigrantes latinoamericanos están en proceso de construcción de una nueva cultura y una nueva conciencia. El fenómeno migratorio tiene importantes implicaciones sociales que abarcan todas las facetas de la vida individual y colectiva, económica, demográfica, política, cultural, psicológica y cívica. Por ello, analiza cómo se incorporan las nuevas comunidades a otras ya asentadas, y cómo los migrantes logran asegurar un mínimo de cohesión social para evitar la desintegración o fragmentación social y la desigualdad en contextos ajenos y diversos. La migración trae consigo la ampliación del radio de las relaciones sociales y la conformación de nuevos vínculos laborales, amistosos o amorosos. Del mismo modo, las diversas expresiones culturales cobran mayor relevancia tanto para la integración y conservación de la cultura original como para la construcción del imaginario colectivo de una nueva identidad.

Palabras clave: Migración, identidad, identidad nacional, cultura de los migrantes.

¹ Miguel A. Algarín, "Mongo Affair", en Roberto Santiago (ed.), *Boricuas: Influential Puerto Rican Writings, An Anthology*, pp. 108-113: "Y soy minoría en donde quiera. Yo estoy entre los pocos en todas las sociedades. Pertenezco a una tribu de nómadas que recorren el mundo sin un lugar al cual llamar mi hogar. No hay lugar que pueda yo llamar mío. No hay lugar que yo pueda llamar mi casa".

This article explains how modern migrations from Latin America to the United States cause remarkable changes both in the political frame and in the ethnic composition of that nation. Latin American immigrants live a building-up process of a new culture and a new conscience. The migratory phenomenon has important social implications, including a wide range of aspects of individual and collective economic, demographic, political, cultural, psychological and civic life. That is the reason why it is important to analyze how these new communities get incorporated to those already established, and how immigrants manage to achieve a minimal social cohesion to avoid social disintegration or fragmentation, and also inequality in foreign and diverse contexts. Migration implies an extension of social relations radius, as well as the creation of all kinds of new human bonds. In the same way, diverse cultural expressions are seen as much more relevant both in the integration and conservation of original culture, and in the construction of a new identity and a new set of cultural images.

Palabras clave: Migration, identity, national identity, immigrants culture.

Desde el siglo xx y a principios del nuevo milenio, debido principalmente al fenómeno de la globalización, nos encontramos en presencia de la llamada "era de la migración",² caracterizada, entre otros muchos factores, por movimientos masivos de población de América Latina hacia la América sajona o Norteamérica. Los resultados de estos movimientos derivan en una transformación fundamental de las estructuras económicas, políticas y sociales que amenazan, desde su interior, la percepción nacionalista angloamericana de Estados Unidos.

Los inmigrantes latinoamericanos están en proceso de construcción de una nueva cultura y una nueva conciencia; están cambiando a ese país y rompiendo la clásica idea del melting pot.³ En principio, han logrado establecer el español como la segunda lengua de los Estados Unidos, hablada por más de 30 millones de personas.⁴ Además, han construido una poderosa e impactante iglesia hispana católica, nueva y vibrante, que compite con las religiones protestantes con el fin de ganar adeptos.

² Véase Thomas Weyr, *Hispanic U.S.A. Breaking the Melting Pot*.

³ Ídem. También véase Iñan Stavans, *La condición hispánica. Reflexiones sobre cultura e identidad en Estados Unidos*.

⁴ Un 80% de las escuelas primarias optan por la lengua española, y en las escuelas superiores y universidades, 90% de los alumnos la escogen como segunda lengua. Véase Ídem.

Los migrantes quieren asimilarse, pero también permanecer a parte; entrar de lleno a la corriente cultural dominante, pero conservar su propia identidad de origen, conferida por una larga tradición histórico-cultural, mítica, geográfica, religiosa, educativa, lingüística y política. Reclaman, apoyados por la historia, un sitio para sus mitos y leyendas, ya que habitaron esas tierras aún antes que los ingleses, franceses y alemanes; alimentando el clamor de que la llegada hispana al territorio fue muy diferente al arribo de los inmigrantes anglos.⁵

Las personas de origen mexicano – así como indios nativos que viven en el Suroeste de Estados Unidos – sostienen que fueron obligados por la fuerza de las armas a permanecer dentro del territorio. Este reclamo no se limita solamente a los mexicanos e indígenas, sino que también abarca a los puertorriqueños, quienes aducen que el rey de España estuvo a punto de garantizarles una buena dosis de libertad para tomar decisiones y que, incluso, en Puerto Rico se gestó la independencia antes de que las demás naciones del continente pensarán en levantarse en armas contra la corona española. Asimismo, aducen que, hacia la segunda mitad del siglo XIX, dichas acciones fueron impedidas por los estadounidenses, por lo que se sintieron colonizados por los anglos; más aún cuando, siendo ciudadanos de Estados Unidos, son constantemente discriminados y no gozan de los mismos derechos ni garantías que quienes viven en aquel país.

En la década de los 1960 aumentó notablemente la presión hispana en Estados Unidos, a partir del incremento de la migración a su territorio, pues más allá del grupo tradicional de mexicanos, puertorriqueños y cubanos, el país comenzó a recibir también poblaciones del Caribe, Centro y Sudamérica. Actualmente, el número de hispanos (42,687,224 en 2006) se ha vuelto pieza clave para el país norteamericano, el cuarto o quinto del mundo con mayor cantidad de población latina, que (en mayo de 2001) se convirtió en la primera mayoría étnica de Estados Unidos.⁶

⁵ Ídem.

⁶ Bureau of Census, Current Population Survey. Revisión del 23 de mayo de 2006, consultado en: <http://www.census.gov/Press-Release/www/2006/cb06-123table1.xls>. Solamente en California hay 12,722,962 latinos. Los hispanos continúan siendo el grupo minoritario más grande, con 42.7 millones, quienes, con un aumento de 3.3% de la población (de julio de 2004 a julio de 2005), constituyen el grupo de mayor crecimiento.

Por otra parte, las guerras civiles centroamericanas aceleraron el arribo de nicaragüenses, salvadoreños y guatemaltecos a tierra estadounidense en los años sesenta. Los haitianos y dominicanos llegaron ahí tratándose de escapar de la miseria y la inestabilidad política; mientras que ecuatorianos y colombianos se dirigieron a Nueva York para establecer su cabeza de playa, y los panameños comenzaron a filtrarse a través de la zona del canal, aprovechando la larga permanencia de los norteamericanos de la base militar.⁷ Tras la caída de Salvador Allende (1973), por el golpe de estado de Augusto Pinochet, oleadas de chilenos se dirigieron también hacia Estados Unidos, durante la Guerra Sucia, muchos se vieron obligados a permanecer fuera del país. Nicaragua es otra nación que, desde los años treinta hasta 1979, con el Frente Sandinista de Liberación Nacional, ha expulsado a muchos ciudadanos quienes, por temor a la tortura y a la represión, se exiliaron en Miami y en el suroeste de Estados Unidos, encontrándose allí con los cubanos, los chicanos y otros latinoamericanos.⁸

El fenómeno migratorio tiene implicaciones sociales importantes desde el momento mismo del asentamiento de los inmigrantes en una sociedad dada y, en este sentido, Estados Unidos es uno de los principales receptores de inmigrantes procedentes de otras latitudes. Por ello, para situarnos en el proceso de inmigración, es preciso abordar las implicaciones que ésta tiene tanto para la comunidad receptora como para los propios migrantes. Tales consecuencias abarcan toda una gama de aspectos de la vida individual y colectiva, económica, demográfica, política, cultural, psicológica y cívica. En este punto debemos preguntarnos: ¿de qué manera se incorporan las nuevas comunidades a las que ya están asentadas, respetando los derechos de los miembros de cada colectividad, su cultura y costumbres, asegurando, además, un mínimo de cohesión social, con el fin de evitar la desintegración o la fragmentación social, la desigualdad en un contexto de diversidad?⁹ El contacto entre personas con diferentes culturas genera la necesidad de adecuar la convivencia de distinta manera, así como también de readecuar los parámetros identitarios.

⁷ Thomas Weyr, op. cit., p. 4.

⁸ Ilan Stavans, op. cit., pp. 58-59.

⁹ Cristina Blanco, Las migraciones contemporáneas, pp. 91-92.

Algunos detractores del multiculturalismo aseguran que éste encapsula a las minorías en guetos, lo que les impide incorporarse a la sociedad mayoritaria. Por el contrario, quienes están a favor de éste afirman que el énfasis por la integración es sólo un reflejo de los anhelos del imperialismo cultural. Sin embargo, ambas posturas son excesos que tienden a pasar por alto las diferencias que existen entre las minorías y que malinterpretan sus verdaderas motivaciones.

En el primer caso, esta diversidad surge de la incorporación de culturas que tenían sus formas propias de organización política y disfrutaban de autogobierno, aunque territorialmente se encontraran dentro de un Estado Mayor.¹⁰ Esta incorporación puede ser involuntaria, ya sea que hubieren sido invadidas y conquistadas, o por la cesión de la comunidad de una potencia imperial a otra, en el caso en que el suelo patrio hubiera sido invadido por personas dispuestas a colonizar. Estos países no son naciones-estado, sino estados multinacionales.¹¹

Uno de los ejemplos de ello es, precisamente, Estados Unidos, un país donde existían diversas minorías nacionales, como los chicanos—descendientes de los mexicanos que permanecieron en el suroeste, luego de la anexión de Texas, California y Nuevo México (tras la Guerra de Guadalupe-Hidalgo, 1946-1948)—, y los migrantes que han ido a trabajar a los campos de cultivo, a las fábricas, los ferrocarriles y el sector de servicios, y que se han quedado a vivir allá. De igual manera, están los indios americanos nativos quienes vivían en esas tierras antes de la llegada de los peregrinos del Mayflower y que fueron encerrados en reservas y casi exterminados; los puertorriqueños, nativos de Puerto Rico, isla caribeña que los norteamericanos “liberaron” del yugo ibérico y que son, en su mayoría, descendientes de africanos y mestizos; los cubanos, que migraron mayoritariamente a raíz de la Revolución Cubana comandada por Fidel Castro; y otros inmigrantes recientes, provenientes de Centro y Sudamérica: Ecuador, El Salvador, Brasil, Chile, Perú, etc.; es decir, todos los cuales componen el 80 por ciento de la población latina asentada en Norteamérica.¹²

¹⁰ Kymlicka denomina a estas culturas como “minorías nacionales” que exigen formas de autonomía y autogobierno para sobrevivir como entidades diferentes.

¹¹ Ilan Stavans, op. cit., p. 26.

¹² Véase Idem.

Por otro lado, también están los nativos hawaianos, los esquimales de Alaska, los chamorros de Guam y otros habitantes del Pacífico, comunidades que lograron establecer gobiernos soberanos y que quedaron incorporadas a Estados Unidos. Algunos de ellos, como las tribus indias, fueron reconocidos como “naciones indias independientes”; mientras que Puerto Rico, por ejemplo, tiene el estatus de *Commonwealth*, y Guam, de Protectorado; gozando cada uno de competencias especiales de autogobierno. Por ejemplo en el Pacífico, la lengua hawaiana y la chamorro tienen el mismo estatus que el inglés en las escuelas, en los tribunales y en todo lo que concierne al gobierno. La lengua oficial de Puerto Rico es el español y, aunque el tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1948 garantizó los derechos lingüísticos de los mexicanos del suroeste, éstos fueron invalidados a la llegada de los colonos anglófonos, que se constituyeron en población mayoritaria,¹³ por lo que se perdió la lengua española en esa región.

Por lo general, estas comunidades étnicas están geográficamente aisladas, son pequeñas y constituyen una fracción de la población total de estadounidenses, por lo que estos grupos han sido marginados de la población anglosajona, negados e infravalorados como minorías nacionales.

El segundo caso surge de los procesos de migración e inmigración individual y familiar, en donde las personas que emigran suelen llegar a asociaciones que Kymlicka¹⁴ llama “poco rígidas y evanescentes” y que constituyen los grupos étnicos. A diferencia de los anteriores, éstos grupos desean integrarse en la sociedad receptora y que se les acepte como miembros en pleno derecho y –aunque a menudo pretenden tener un mayor reconocimiento de su identidad cultural y étnica– su objetivo no es formar una nación separada y autogobernada, sino modificar leyes e instituciones de la sociedad hegemónica para volverla más sensible y permeable a las diferencias culturales.

Así, un país reflejará pluralismo cultural si acepta como inmigrantes a un gran número de individuos y familias provenientes de otros grupos étnicos y les permite mantener algunas de sus particularidades culturales, lo cual constituye una de las características especiales de países como Estados

¹³ Ibid, pp. 26-27.

¹⁴ Will Kymlicka, *Ciudadanía multicultural*, p. 14.

Unidos, Australia y Canadá, quienes reciben más de la mitad de toda la migración mundial.¹⁵

De principios del siglo xx a la década de 1960, se esperaba que las personas que migraban a Estados Unidos abandonaran su herencia cultural y se asimilaran totalmente a las pautas establecidas (un modelo conocido como “angloconformidad”), y se negaba la entrada a algunos grupos que se consideraba que no encajarían en el patrón de asimilación, ya que ésta se consideraba esencial para la estabilidad política. Algo parecido ocurrió en México en el siglo xix, cuando se favoreció la migración de europeos a territorio mexicano, hacia 1825, para fundar poblaciones agrícolas, pero se solicitaba principalmente personas católicas, preferentemente italianas o españolas, por ser culturalmente más cercanos a la ideología nacional.¹⁶

Más tarde, hacia los años setenta, se adoptó una política menos rígida y se abandonó el modelo asimilacionista por otro más tolerante, que permite a los inmigrantes conservar ciertos aspectos de su identidad étnica y cultural, como la comida, la religión, la indumentaria y la libre asociación para mantener tales prácticas; es decir, la diversidad ya no se considera antiamericana o antipatriótica, aunque esta visión amplia no se adopta de manera unánime.¹⁷

En este punto, es importante distinguir entre esta diversidad cultural y la propia de las minorías nacionales. Los grupos de inmigrantes no son “naciones” ni ocupan sus tierras de origen; la especificidad que poseen es la de su vida familiar y las asociaciones voluntarias que adoptan, lo que no se contradice con su integración institucional. Esos grupos participan en las instituciones públicas de la cultura hegemónica y se expresan en la lengua dominante; aunque hay excepciones – pues no todas las personas mayores aprenden el idioma nuevo – el aprendizaje de la nueva lengua es obligatorio para obtener la ciudadanía y las ventajas que eso conlleva; además de que el inglés es la lengua obligatoria en las escuelas.¹⁸ Aunque se rechazara la

¹⁵ Ibid, p. 29.

¹⁶ Como ejemplo tenemos a las poblaciones italianas de Chipilo, en Puebla; en la Colonia Diez Gutiérrez, cerca de Ciudad del Maíz, en San Luis Potosí; Colonia Manuel González y Gutiérrez Zamora, en Veracruz; o las francesas como en San Rafael, Veracruz, entre otras.

¹⁷ Will Kymlicka, op. cit., p. 30.

¹⁸ Ibid, p. 31.

angloconformidad, el compromiso lingüístico no podría desaparecer, si se considera que los inmigrantes buscan insertarse en la vida económica, académica y política de la nación estadounidense.

Sin embargo, aunque los grupos inmigrantes defienden y afirman cada vez con mayor fuerza su derecho a mantener sus especificidades culturales y étnicas, lo hacen dentro de las instituciones públicas de la sociedad anglosajona sin pretender instaurar una sociedad paralela como minoría nacional; de esa manera, se constituyen en naciones poliétnicas. Como resultado de ello, un país como Estados Unidos puede ser al mismo tiempo "multinacional", como producto de la conquista, la colonización o la confederación de comunidades nacionales; y "poliétnico", debido a la inmigración individual y familiar.

Lo anterior nos remite a considerar la complejidad del término "cultura". En su significado más amplio, se puede decir que todas las democracias occidentales comparten una civilización moderna, urbana, industrializada y secular, en contraste con el mundo de nuestros antecesores: feudal, agrícola y teocrático. En otro sentido más preciso, podemos decir que el término alude a las costumbres, perspectivas o al ethos de un grupo o de una asociación, como cuando aludimos a una cultura burocrática o a una cultura gay.¹⁹

El Oxford English Dictionary define la cultura como "las costumbres o la civilización de un grupo o de un pueblo". Si nos referimos a las costumbres de un grupo, es evidente que los diversos grupos con sus estilos de vida diferentes, los movimientos sociales y las asociaciones voluntarias que se encuentran en cualquier sociedad actual poseen su propia "cultura", basada en distinciones de género, orientación sexual, religión, moral o ideología política. Si, por el contrario, nos referimos a "civilización", entonces todas las sociedades modernas comparten la misma cultura, y países como Suiza o Australia no serían exageradamente multiculturales, en la medida en que los distintos grupos nacionales y étnicos participan de igual manera en la misma forma de vida moderna e industrializada.

Si se utiliza el término "cultura" como sinónimo de "nación" o "pueblo", definiendo una comunidad intergeneracional, más o menos completa

¹⁹ Ibid, pp. 34-35.

institucionalmente, que ocupa un territorio determinado y comparte un lenguaje y una historia particulares, entonces podemos decir que un estado es multicultural cuando sus miembros pertenecen a diversas naciones (un estado multinacional) o cuando han emigrado de diferentes naciones (Estado poliétnico), siempre cuando esa pertenencia suponga un aspecto importante de la identidad personal y de la vida política.

Esta definición no es nueva y corresponde al uso común de los términos. Aquí es importante aclarar que no se incluyen en dichas definiciones los estilos de vida grupal, los movimientos sociales o las asociaciones voluntarias que otros estudiosos aglutinan dentro del ámbito del multiculturalismo, porque esto es tan sólo uno de los muchos aspectos de las luchas más extendidas que se han emprendido para lograr una democracia más amplia e inclusiva.

Como consecuencia de las semejanzas que comparten, ciertas personas afirman que estos grupos sociales constituyen diferentes “culturas” o “subculturas”. Por ello, si se lucha contra la opresión de éstos, también se está luchando en favor del “multiculturalismo”; y aunque estos grupos tienen pautas de conducta diferentes dentro de la sociedad global, el sentido de la discriminación que sufren no es igual al que padece una cultura separada dentro de Estados Unidos, Canadá o México.

La tendencia histórica de ignorar a las minorías nacionales en el Nuevo Mundo está ligada a la creencia europea de la inferioridad de los pueblos indígenas que habitaban América antes de la colonización; sin embargo, la mayoría de los países –tanto americanos como europeos, asiáticos o de cualquier lugar del mundo– son multinacionales, aunque muy pocos acepten esa realidad por las actitudes racistas que perduran hacia los habitantes originarios.

En todas las democracias liberales, uno de los principales mecanismos para acomodar las diferencias culturales es la protección a los derechos civiles y políticos de los individuos. Es imposible exagerar la importancia de las libertades de asociación y culto, de expresión, libre circulación y asociación política para proteger las diferencias grupales, ya que esos derechos permiten a los individuos formar y mantener los diversos grupos y asociaciones que constituyen la sociedad civil, adaptar esos grupos a las circunstancias cambiantes y, por último, fomentar sus perspectivas e intereses en la totalidad de la población. Además, la protección que proporcionan esos derechos

comunes de ciudadanía es suficiente para la supervivencia de muchas de las formas legítimas de diversidad en la sociedad.²⁰

Los migrantes indígenas que parten de México hacia Estados Unidos son un ejemplo de la rápida mutabilidad y de la creatividad cultural que se desenvuelven en las regiones fronterizas internacionales y dentro de los países de destino, en especial ahora, cuando las lógicas de la globalización crean nuevas y complejas formas de territorialidad y de gestión compartida de carácter multinacional. Algunos estudios sobre migración y la frontera entre México y Estados Unidos enfatizan que el paso por la frontera es una realidad históricamente cambiante, producto de dinámicas muy complejas establecidas por los diferentes grupos sociales que se movilizan a través de ella. La frontera, entendida como un proceso múltiple, supera la concepción unidimensional y fija de los estados nacionales, preocupados por establecer los límites entre diferentes territorios de soberanía y sus correspondientes identidades nacionales.²¹

La teoría clásica ha cometido errores sobre la migración, en cuanto a la construcción de la cultura y la identidad en contextos interculturales desiguales.²² Es cierto que el contacto frecuente con la cultura norteamericana en la frontera norte de México es una de las fuerzas impulsoras de cambio cultural y modernización, sin embargo, no presupone necesariamente la ruptura de los migrantes indígenas y no indígenas con su cultura de origen ni tampoco la descaracterización étnica.

De este modo, lo "moderno" no reemplaza lo tradicional, aunque esto último tampoco permanece sin alteraciones. La migración impulsa tanto la adopción como el rechazo de algunos aspectos culturales; rompe prácticas tradicionales, pero recrea otras. En buena medida, selecciona, reinterpreta y refuncionaliza estratégicamente aspectos de la cultura original y de la cultura ajena que se hace propia. No obstante, las nuevas configuraciones culturales construidas por las comunidades transnacionales no llegan a recrearse precisamente como culturas híbridas.

²⁰ Ibid, p. 46.

²¹ Alicia M. Barabas, "Traspassando fronteras: los migrantes indígenas de México en Estados Unidos", en *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, núm. 2-2001.

²² Michael Kearney, "La migración y la formación de regiones autónomas pluriétnicas en Oaxaca", en *Coloquio sobre Derechos Indígenas*, Gobierno del Estado de Oaxaca, México, 1996.

Al menos entre los migrantes que mantienen contacto periódico con sus comunidades, la cultura tradicional y la moderna son recursos bien contrastados, aunque desterritorializados; de esa manera, una multitud de elementos de modernidad está presente entre los habitantes de los pueblos originales, y otros tantos de tradicionalidad se reproducen entre los migrantes en las comunidades de llegada, aunque en éstas se les dote de resignificación.²³

Por otro lado, las familias migrantes reconocen que hay diferencias económicas entre ellas y los paisanos del pueblo del cual salieron, pero se encuentran muchas similitudes culturales, que sirven de referencia a los migrantes y los ancla en un pasado común. Al analizar un ejemplo de reproducción cultural en el territorio de itinerancia, sobre las mujeres provenientes de las poblaciones mixtecas de Oaxaca que venden artesanías en las calles cercanas a la frontera de Tijuana, se ha visto que instalan sus puestos con un patrón que va de acuerdo con el grupo de parentesco y el pueblo de origen, reproduciendo las mismas pautas de organización social de espacio que persiste en los mercados de la Mixteca oaxaqueña, y el mismo patrón será reproducido en la comunidad de llegada final.²⁴

A partir del ejemplo anterior se podría argumentar la existencia de un circuito donde la cultura local alimenta a la migración, selecciona algunos emblemas para reproducirse en la ausencia y cumple con otras prácticas ligadas al espacio local durante el frecuente retorno al pueblo de origen, pero, al mismo tiempo, la cultura de migración –que es siempre innovadora– también informa a la local, provocando cambios en ésta.²⁵

De esa forma, la identidad étnica que reivindican los migrantes se sustenta explícitamente en compartir idioma y cultura de su grupo étnico de procedencia, y es un factor de unión a partir del cual se estructuran las comunidades de migrantes. Es decir, en general, se esfuerzan, con mayor o menor éxito, por reproducir una comunidad que, en muchos casos, es más laxa en los pueblos de origen.

No obstante, a diferencia de la comunidad de pertenencia, la de los migrantes alberga muchos individuos del mismo o de diferentes grupos étnicos,

²³ Véase Alicia Barabas, op. cit.

²⁴ Françoise Lestage, "Apunte sobre los mecanismos de reconstrucción de la identidad entre los migrantes: los mixtecos de las Californias", en Encuentros Antropológicos: Power, Identity and Mobility in Mexican Society.

²⁵ Véase Alicia Barabas, op. cit.

y esa convivencia ha contribuido a eliminar prejuicios y a dotar de otra dimensión a la identidad cultural. Sin olvidar la comunidad de procedencia, los migrantes se refieren a sí mismos como un grupo con una identidad étnica colectiva genérica. Así, la revalorización de la identidad colectiva que promueven las organizaciones de migrantes para tener cohesión social, tiene un efecto importante también sobre las identidades locales.²⁶

Con ello, podríamos concluir que las comunidades transnacionales y la cultura de origen se recrean mutuamente, porque hay circularidad migratoria, pero también por estar insertas en un contexto mundial de mayor exigencia, por los derechos de los pueblos y las diferencias culturales; así como también por la escasa capacidad de absorción de las culturas alternas que muestran los estados, todo lo cual puede contribuir a reforzar identidades y revalorar culturas tradicionales.

De esa manera, la experiencia migratoria guarda un estrecho vínculo con los ámbitos de la identidad y la subjetividad, donde los migrantes no son los únicos que cambian o conservan determinados rasgos sino que éste es un proceso en dos direcciones, donde también se encuentra inmersa la sociedad que está en continua relación con ellos y en la que se revalora el sujeto mismo y al otro, a la cultura propia y a la de los demás, y en donde entran en juego las emociones, los sentimientos, los significados y los imaginarios.

Para los emigrantes latinos en general –y sus descendientes de primera o segunda generación, ya aculturados de cierta manera a la cultura norteamericana– el mayor enfrentamiento con el sistema reside en la marginalidad de los organismos de decisión y poder político y social, por lo que experimentan la otredad; es decir, la marginación de la colectividad nacional y la invisibilidad, representados por la ausencia total de caras o voces latinas en los programas sociales y en los medios de difusión (televisivos o radiales, con excepción de las cadenas de Univisión, especiales para la audiencia hispana y dirigida a los consumidores latinos).

Para concluir, tenemos que preguntarnos si estos grupos de chicanos, mexicano-americanos, puertorriqueños, cubanos, dominicanos, ecuatorianos, colombianos, uruguayos, etc., que viven en Estados Unidos y que han sido agrupados bajo los términos de latinos o hispanos, están desarrollando

²⁶ Idem.

realmente una identidad étnica común, una pan-identidad que descansa en los patrones comunes de la cultura latinoamericana, la lengua española y las experiencias de adaptación a la vida norteamericana; o si, por el contrario, estas diferencias en historia, clase social, ocupación y ciudadanía son tan profundas que, a pesar de compartir una lengua, una cultura y tradiciones latinoamericanas, sus identidades permanecen aisladas como mexicanos, puertorriqueños, cubanos, dominicanos, chilenos, ecuatorianos, etcétera.

Debemos reconocer que la migración, sin embargo, trae consigo la ampliación del radio de las relaciones sociales, la conformación de nuevos vínculos laborales, amistosos o amorosos, e incluso puede marcar el inicio de la vida sexual o de la integración de una familia propia y, de la misma manera, los eventos en los que las diversas expresiones culturales – como la música, la literatura, los bailes, los graffitis, las expresiones artísticas, los cuentos, los chismes, etcétera – adquieren gran relevancia para la integración y la conservación de la cultura original, así como para la construcción del imaginario colectivo de una nueva identidad.

Bibliografía

- Algarín, Miguel A., "Mongo Affair", en Santiago, Roberto (ed.), *Boricuas: Influential Puerto Rican Writings, An Anthology, One World*, Ballantine Books, Nueva York, 1995, pp. 108 -113.
- Barabas, Alicia M., "Tras pasando fronteras: los migrantes indígenas de México en Estados Unidos", en *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, núm. 2-2001, *Migrations: Guatemala, Mexique*, consultado en: <http://alhim.revues.org/document605.html>, en mayo de 2007.
- Blanco, Cristina, *Las migraciones contemporáneas*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, Colección Ciencias Sociales.
- Bureau of Census, Current Population Survey, Revisión del 23 de mayo de 2006, consultado en: <http://www.census.gov/Press-Release/www/2006/cb06-123table1.xls>.
- Kearney, Michael, "La migración y la formación de regiones autónomas pluriétnicas en Oaxaca", en *Coloquios sobre Derechos Indígenas*, Gobierno del Estado de Oaxaca, México, 1996.

- Kymlicka, Hill, Ciudadanía multicultural, Paidós, Madrid, 1996.
- Lestage, Françoise, "Apuntes sobre los mecanismos de reconstrucción de la identidad entre los migrantes: los mixtecos de las Californias", en Encuentros Antropológicos: Power, Identity and Mobility in Mexican Society, Institute of Latin American Studies, University of London, Londres, 1998.
- Stavans, Ilan, La condición hispánica. Reflexiones sobre cultura e identidad en Estados Unidos, Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- Weyr, Thomas, Hispanic U.S.A. Breaking the Melting Pot, Harper & Row Publishers, Nueva York, 1988.